

ROSA Y AZUL



SUMARIO.— ¡A los toros!, por Ródig, con ilustraciones de Breñosa.—Páginas artísticas: El muñeco de nieve.—Entretimientos científicos: La gata adivina, por Javier Cabezas.—La gran pirámide de Egipto, por Manuel Baturane.—El amor de mi madre, por Vicente Vila.—Cuentos del concurso: Gabriel.—Filípicas, por Mario Lancho.—A los lectores de ROSA Y AZUL, por Nieves Campa. — Hechos memorables: La derrota de Atila, por Angel García.—Historietas cómicas.—Carta ilustrada.—Correspondencia.—Pasatiempos, y las divertidas

Aventuras de un pequeño filósofo.

24 páginas, 15 céntimos

INTERESA

á nuestros lectores y al público en general leer la ADVERTENCIA que insertamos en la plana tercera de la cubierta.

ROSA Y AZUL

Número corriente: 15 céntimos. REVISTA SEMANAL ILUSTRADA. Número atrasado: 25 céntimos.

Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 2.—MADRID:

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

MADRID.—Un mes.....	0,50 pesetas.
PROVINCIAS.—Un año: 52 números de la Revista	6 —
EXTRANJERO.—Un año: 52 números de la Revista.....	12 —

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.
residente en provincia de
calle número cuarto
se suscribe á Rosa y Azul por meses, y envía su im-
porte en (1)
..... de de 1904.

El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, del Giro Mutuo, Sobre monedero ó metálico.

No se admiten sellos de Correos

PARA COLEGIALES Los trajes de mejor forma los hace y reforma más baratos que nadie, **PEDRO S. CIMARRA**, sastre práctico. ✦✦✦
San Bernardo, 56, frente á la Universidad.

NACIMIENTOS y figuras finas de Granada, Murcia, y tipos hebreos ✦✦✦ No comprar sin visitar antes la antigua casa de **E. MORENO**, Fabricante en corcho.
Corcho rústico. — Madrid. — Abada, 19 y Carmen, 31.

Cifuentes, fotógrafo. San Bernardo, 52
MADRID

Para toda clase de anuncios diríjense á
Mayor, 1, tel.º 123, Sociedad Anunciadora.

LA PRENSA

ROSA Y AZUL

REVISTA SEMANAL
ILUSTRADA, MORAL É INS-
TRUCTIVA, DEDICADA Á LA
JUVENTUD

Director propietario: Estanislao Maestre

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Marqués de Santa Ana, núm. 2, primero.



NUESTRO CONCURSO

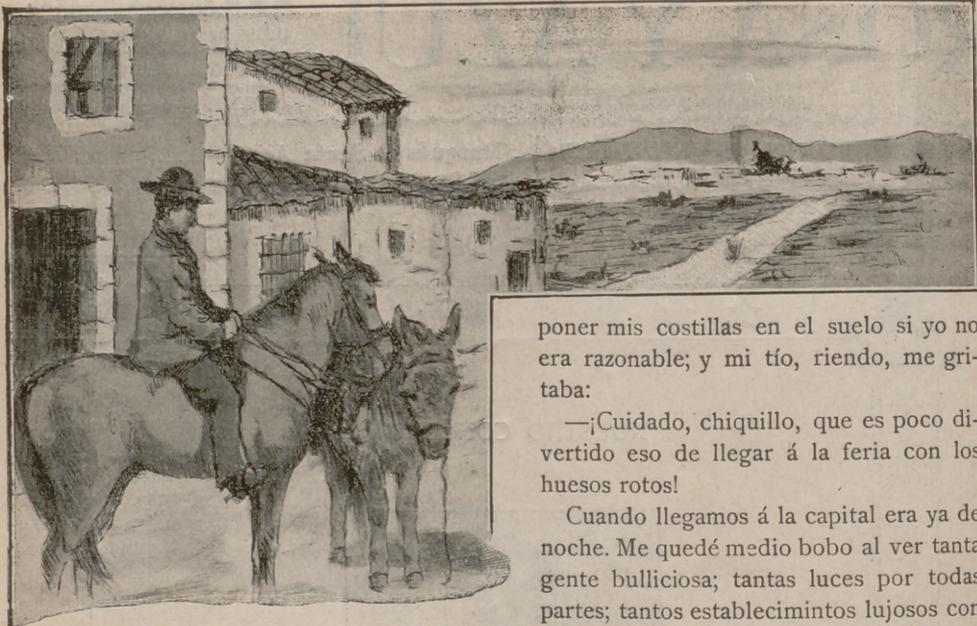


SIMÓN PÉREZ Y SÁNCHEZ PINEDO

(De diez y ocho meses.)

Habitante en Málaga, Casa de la Aduana.

(30 de las fotografías admitidas.)



¡A LOS TOROS!

Yo tenía catorce años. Vivíamos en un pueblo de la provincia de Salamanca. Mi tío Enrique había de ir á la feria que se celebra en aquella capital y quiso llevarme con él para que viese la ciudad y me divertiera. Trabajo le costó hacer consentir á mi padre, mas al fin conseguimos el permiso. Era aquél el primer viaje que yo hacía.

Mi tío montó á caballo, y á mí me acomodaron sobre el *Ardilla*, un borriquito más vivo que la pólvora. Con el entusiasmo del viaje, apenas tuve lugar en mi corazón para sentir aquella primera separación de mis padres, ni tiempo para observar que mi buena mamá se enjugaba una lágrima al despedirme. Yo no pensaba más que en arrear al *Ardilla* para llegar pronto á la estación.

Como eran mis impacencias mayores que las fuerzas del pobre *Ardilla*, éste, viéndose hostigado con exceso, hubo de protestar con unos respingos, como amenazándome con

poner mis costillas en el suelo si yo no era razonable; y mi tío, riendo, me gritaba:

—¡Cuidado, chiquillo, que es poco divertido eso de llegar á la feria con los huesos rotos!

Cuando llegamos á la capital era ya de noche. Me quedé medio bobo al ver tanta gente bulliciosa; tantas luces por todas partes; tantos establecimientos lujosos con relumbrantes escaparates; tantas músicas de todas clases por las calles. Pero cuando yo creí llegado el momento de la suprema dicha fué cuando mi tío, enseñándome unos papeles de color, me dijo alegremente:

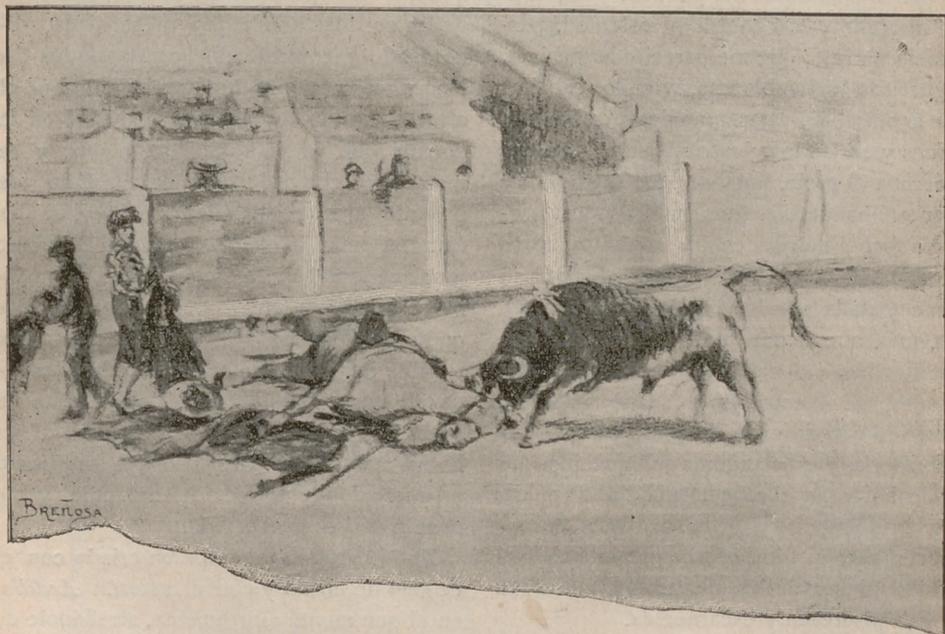
—¡Eal, vamos á los toros.

El contento no me cabía en el cuerpo: subí atropelladamente al coche que nos aguardaba, y por el camino de la plaza mi entusiasmo crecía con el de las personas que iban al mismo sitio que nosotros, que eran muchas...

Cuando la plaza se encontraba llena de bote en bote, rompió á tocar alegremente la música, y aparecieron en el ruedo los toros, resplandecientes de oro y plata, garbosos y resueltos, dejándome como alelado con su esplendor y un tantico envidioso del preeminente papel que aquella tarde representaban ante tantos millares de personas; para mí no había en aquel momento personaje bastante importante en el mundo para compararse con aquellos hombres vestidos de colores.

Terminado el paseo de las cuadrillas, se colocaron los picadores cerca de la valla, los peones tomaron sus capotes de faena, y ¡al fin!, por una gran puerta que abrieron después de un toque de clarín, salió el primer toro, grande y negro, corriendo como asustado sin saber adónde dirigirse. El corazón me latía violentamente dominado por terrible ansiedad. Los toreros de á pie hicieron al toro varias suertes con sus capotes, suer-

toro, sin hacer caso de la pica con que el jinete le desgarraba la piel y la carne, acometía impetuoso y hundía una de sus astas en el pecho del pobre caballo, del que brotó un chorro de roja y caliente sangre; caballo y caballero rodaron por la arena, y mientras éste era puesto en salvo, aquél pataleaba furiosamente con las ansias de la muerte, y el toro se alejaba de allí corriendo tras el trapo rojo que uno de los diestros le enseñaba.



tes que me agradaron mucho al ver que los hombres salían ilesos de las arremetidas de la fiera; muy contento, me puse á palmotear con todas mis fuerzas como hacían los demás espectadores promoviendo un ruido ensordecedor. Pero los pelos se me pusieron de punta cuando vi que el toro se dirigía rápido y amenazador hacia el sitio en que le aguardaba un picador sobre un caballo viejo y flaco que, como todos los que había en el redondel, tenía vendados los ojos. Yo me agarré instintivamente á la chaqueta del tío Enrique, y vi con verdadera angustia que el

Aquello me pareció demasiado terrible para una fiesta, y al reparar en que el toro corría furioso hacia otro caballo, sentí en mi interior un poderoso movimiento de repulsión, é inconscientemente hice hincapié en el asiento de delante, apretando con todas mis fuerzas como si tratara de evitar el nuevo encuentro; perdí el color al verificarse éste y ver al picador caer de cabeza al suelo, y al caballo correr desenfrenado con las tripas fuera del vientre hasta chocar brutalmente contra las tablas; allí cayó medio muerto, y un hombre le remató con la ma-

por indiferencia hiriéndole con la puntilla detrás de las orejas.

Aparté horrorizado la vista del redondel, y mi tío, conociendo mi emoción, trató de animarme asegurándome que aquello no era nada, y que ocurría en todas las corridas. Yo hubiera deseado marcharme en seguida para no ver más aquellas escenas sangrientas y temerarias. Apartaba de ellas mis ojos, pero irremisiblemente volvía á mirar azuzado por los gritos ó aplausos del público: y así, medio mareado y casi contra mi voluntad, permanecí un rato, que me pareció larguísimo, angustiado y tembloroso, viendo caballos que agonizaban, astas que desgarraban las carnes y abrían los vientres, sangre que encharcaba el suelo, hombres que caían sobre la arena, banderillas que cual venenosas víboras iban á morder en los morrillos, toros que bramaban con rabiosa furia al sentir su carne tostada por las banderillas de fuego, estoques que herían mortalmente, diestros que pasaban á dos dedos de ensangrentados pitones, un hombre enganchado, volteado, recogido y conducido lleno de sangre á la enfermería, y espectadores enloquecidos por el alcohol y por el espectáculo, que se peleaban brutalmente, ó gritaban, hasta enronquecer, para insultar groseramente á todo el mundo, incluso al Presidente, cuya autoridad se veía pisoteada y escarnecida.

Viéndome incapaz de resistir por más tiempo, mi tío salió conmigo antes de terminar la corrida, y nos dirigimos á nuestro alojamiento. De mi mente no se apartaban las terribles escenas que había presenciado; no podía explicarme cómo *aquello* podía divertir á nadie; me parecía perfectamente inútil é insensato aquel grave peligro de la vida en que se ponían tantos hombres, aquel inhumano martirio de animales útiles y aquella muerte cruel de los indefensos caballos,

odiosamente conducidos al sacrificio por unos hombres de á pie, ridículamente vestidos de colorines; y me acordaba espantado de lo que me había dicho mi tío en la plaza: «Esto sucede siempre. En casi todas las corridas hay heridos, y algunas veces mueren los hombres sobre la arena».



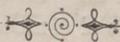
Regresábamos al pueblo, y otros feriantes que nos acompañaban en el tren, hablaban de las corridas que habían presenciado, recordando y comentando entusiasmados los lances más notables de ellas. Dijeron que el espada, herido de bastante gravedad en la corrida que yo ví, estaba ya mejor, y se mostraron compadecidos de él. Esto me produjo alguna extrañeza, porque, si les causaba pena la cogida de aquel hombre, ¿por qué le daban dinero para que se pusiese en inminente riesgo de ser cogido? ¿Por qué mostraban tanto entusiasmo por aquel terrible juego en que se aventuraban las vidas de nuestros hermanos? Aquella falta de sensatez me produjo disgusto, y para alejar de mi memoria el recuerdo del sangriento espectáculo me asomé á la ventanilla, y me puse á curiosear el campo.

En la estación esperaba un criado con el caballo de mi tío y con el retozón *Ardilla*, en el que monté alegremente, arreándole de firme para llegar pronto á casa y recobrar por completo mi contento abrazando fuertemente á mis buenos padres, de quienes me parecía haber estado separado un siglo.

No he vuelto jamás á ninguna corrida. Cuando á mi lado alguien grita con entusiasmo: «¡Á los toros! ¡Á los toros!» lo escucho apenado, doliéndome que no acabe ya esa locura tan extendida por desgracia en nuestra patria.

(Ilustraciones de Breñosa.)

RÓDIG.



EL MUÑECO DE NIEVE



(Tercera de las admitidas.)

Lema: «SNOW».

ENTRETENIMIENTOS CIENTÍFICOS

LA GATA ADIVINA

ESTOY contento, contentísimo; he leído el libro del destino y me espera un brillante porvenir: ¡yo seré general!

Ya os veo con gana de saber quién me ha profetizado esto; no han sido las brujas de Macbeth. Mi profetisa es una gata; sí, una gata que tiene María Isabel y que se llama Cleopatra. Sin duda con su nombre egipcio ha heredado la ciencia de los geroglifistas.

Voy á contar cuándo y cómo me comunicó sus agradables predicciones.

Estaba en casa de mis amiguitas y hablábamos de augurios y predicciones; me burlaba yo de los que pretenden leer el porvenir en las cartas ó en las rayas de la mano, y entonces María Isabel dijo que su gata sabía adivinar lo venidero; yo me reí sin prestarle crédito y ella me aseguró que delante de mí diría la gata mi porvenir.

Salió en busca de Cleopatra y á los pocos minutos volvió con ella y una cazuelita llena de agua. Colocó sobre la mesa un pliego de papel blanco, la cazuela y la gata.

A una orden de María Isabel, Cleopatra mojó una patita en el agua y comenzó á pasarla sobre el papel. No encuentro palabras con que expresaros mi estupefacción al ver que la blanca superficie se llenaba de letras de color negro, intenso, semejante al de la tinta. Aquellas letras encerraban mi sino. Al comenzar á leer temblaba de miedo. Por fortuna para mí la predicción era agradable:

me esperan grandes triunfos, llegaré á general. Esto confieso que me asombra, pues yo no soy ni he pensado ser militar; pero la gata lo dice y hay que rendirse á la evidencia. Mi palabra de honor que todo pasó como lo cuento y nadie tocó al papel: lo que allí apareció escrito lo escribió Cleopatra, estoy seguro.

Ya sabéis el motivo de mi alegría y comprenderéis que es fundada. ¡Alegráos también, cuando sea general formaré con vosotros mi estado mayor!

JAVIER CABEZAS.

Compuesto ya este artículo llega á la redacción la siguiente carta:

«Señor Director de
ROSA Y AZUL:

Diga usted á sus lectores que no crean en la ciencia de mi gata; el porvenir sólo Dios lo sabe. Todo ha sido una broma que le he gastado á Javier y que se hace del modo más sencillo.

Con una disolución de sulfato de hierro ó caparrosa verde se escribe en un papel lo que se desea que aparezca después; una vez seco es completamente invisible. Humedeciendo este papel con una disolución de tanino las letras surgen en un hermoso color negro. Por este medio pueden darse muchas bromas como la que ha sufrido mi amigo Javier.

Advertencia. Las dos sustancias son inofensivas y cuestan muy baratas.

MARÍA ISABEL.♦



De colaboración.

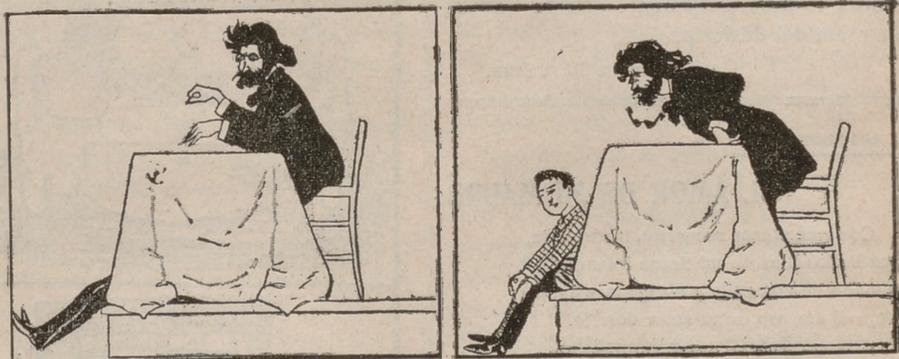
LA GRAN PIRÁMIDE DE EGIPTO

EL número 28 de esta interesante é instructiva Revista dió una información gráfica y una ligera descripción de la Cheops—la mayor de todas las pirámides de Egipto—, y aunque entre ambas se puede formar idea clara de lo que es este gigante de las orillas del Nilo, su verdadera grandiosidad se ad-

te se usan en España. Vamos á suponerla ya en nuestra nación; ¿qué haremos con ella?

Nuestra frontera con Francia, formada por los Pirineos, mide, desde el cabo de Creus hasta el río Bidasoa, 490 kilómetros, y como esta cifra es algo menor que la quinta parte del volumen de la pirámide, podemos construir con ella una muralla de un metro de grueso y algo más de cinco metros de altura, que cierre la frontera, y una de cerca de tres metros de altura y 25 centímetros de espesor, para cincundar todo el perímetro de Es-

EFECTO DE ÓPTICA



mira más haciendo unos cuantos cálculos y viendo lo que con la piedra de que está formada podría construirse.

El volumen de una pirámide se sabe que es el tercio del producto de su altura por el área de la base; luego el de la Cheops será, valiéndonos de los datos publicados en el número 28:

$$\frac{1}{3} \times 146 \times 232 \times 232 = 2.619.432 \text{ metros}^3.$$

La densidad de la piedra calcárea de que está construída, es algo mayor que 2, luego el peso de esta gigantesca mole pasa de cinco mil millones de kilogramos, y para transportar esta piedra harían falta 25.000 trenes que arrastrasen 20 vagones de 10.000 kilogramos, carga máxima de los que generalmen-

paña, incluso las fronteras con Francia y Portugal, que forma una línea de 4.268 kilómetros, siguiendo las sinuosidades de la costa.

Si no encontramos utilidad á esta muralla, podemos formar una torre cuadrada de 70 metros de lado, 10 metros de espesor y un kilómetro de altura, para que se ría de la Eiffel.

Si todavía no nos resulta práctica esta aplicación, intentaremos la construcción de un pueblo.

Supongamos que una casa de dos pisos, de regulares dimensiones, tenga 10 metros de frente, 12 de altura y 20 de fondo; que además de los muros exteriores tenga tres interiores—dos al largo y uno al ancho—y que todas tengan medio metro de espesor,

y resultará que la piedra empleada en ella asciende á 660 metros cúbicos; descontando de aquí 60 metros cúbicos, puesto que puede ser medianero uno de los muros laterales de esta casa con la de otra que se construya á su lado, resultará que dividiendo los 2.619.432 metros cúbicos que la gran pirámide tiene, por los 600 de cada casa, podría construirse un pueblo que tuviese 4.365, y suponiendo habitada cada una por 12 individuos—seis en la baja y seis en la alta—la población resultaría de 52.380 almas, ó sea, una ciudad muy parecida á la de Cádiz.

Creo que con lo dicho basta para comprender lo asombrosamente grande que es esta reina del desierto.

MANUEL BATURANE.

De colaboración.

EL AMOR DE MI MADRE

Con qué placer recuerdo, madre mía,
los bellos días de mi tierna infancia,
cuando en tranquila y abrigada estancia
bajo el amparo de tu amor dormía.

¡Oh, qué feliz el corazón quedaba
cuando dejabas en mi rostro impreso,
un maternal y regalado beso
que emanación celeste semejaba!

¡Cuán hermosa era entonces mi existencia
cercada de placer, dicha y contento
y entregada al suave arrobamiento
de la tranquila paz de la concienal!

Mas ¡ay! pasaron ya, madre del alma,
esas horas de plácida dulzura...

¡Cuán distinto el ayer, todo ventura,
del hoy, sin dicha, ni placer, ni calma!

Hoy, precoz decepción hiera mi pecho,
vuelo en pos de la gloria que me esquivo
y de mi genio á la ambición altiva,
el mundo entero le parece estrecho.

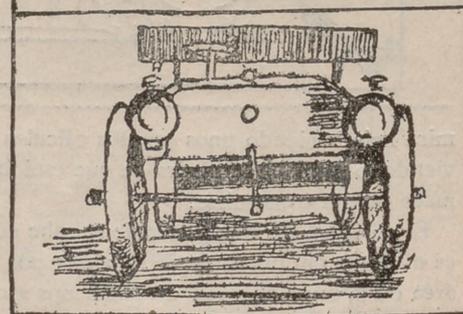
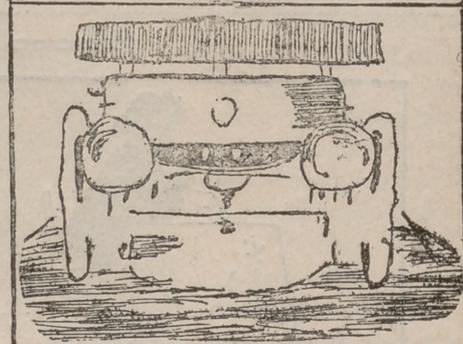
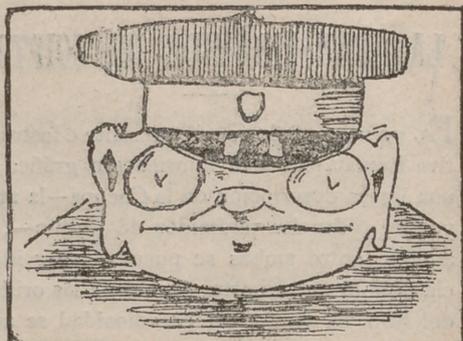
Del tedio esclavo soy, madre querida;
sólo en tu santo amor mi dicha fundo.

¿Qué sería sin él para mí el mundo?

¿Sin él, que fuera para mí la vida?

VICENTE VILA.

METAMORFOSIS



MORALEJA

EN un gran cesto lleno de manzanas
muy hermosas, muy frescas y lozanas,
porque pudrióse una solamente
se pudrieron las otras lentamente.

*De un niño malo siempre habéis de huir,
que puede hasta cien buenos pervertir.*

ADOLFO J. TOPHAM.

Suerte fué para los prófugos que el viento llevara al buque español hacia la *Harpy*; porque viéndose aquél cogido entre dos fuegos, tuvo que escapar, no sin disparar otros dos cañonazos sobre el barco de Juan, que hirieron á tres marinos y destrozaron buena parte del casco.

La *Harpy* se lanzó en seguimiento del buque español y lo propio hizo el buque de Juan, flameando al viento la falda verde.

Bravamente se defendió el barco español y consiguió causar grandes desperfectos á los otros; pero al fin tuvo que rendirse al número.

Por consejo de Mesty mandó Juan que suspendieran el fuego á fin de que los honores de la rendición fueran sólo para la *Harpy*.

Los tripulantes de ésta tenían bastante en qué ocuparse y no pensaron de momento en aquel barco que tan bien les había ayudado.

La tripulación de Juan se reducía á cuatro hombres útiles, contando el capitán, el teniente y el cocinero, que como dijimos era español.

Pensó nuestro héroe que había llegado el momento de presentarse al capitán Wilson y contarle lo ocurrido de manera que no le impusiera ningún castigo por la deserción; pero, hombre prevenido, por si iban mal dadas quiso comer antes. Así haría tiempo á que se pusiera el sol.

Quedóse dormido de sobremesa y cuando despertó ya estaba avanzada la noche. Regañó á Mesty por haberle dejado dormir tan largo rato; pero el negro aplacó su enojo diciéndole que quien como él había peleado bien podía permitirse un rato de descanso.

Mandó Juan que bajasen el bote y después de confiar á Mesty el mando del buque empuñó los remos y dirigióse á la

Harpy que, junto al barco español, arreglaba sus averías.

A bordo todos se ocupaban en curar á los heridos de una y otra parte, que eran numerosos. Por este motivo pudo Juan llegar á la corbeta, encaramarse por la escalera y llegar á cubierta sin ser visto.

Sobre cubierta todo era confusión, ayes de los heridos, voces... Una ojeada bastó á Juan para convencerse de que allí no estaba Wilson. Entonces se dirigió hacia su cámara; pero antes de llegar oyó el ruido de un rebenque y los gritos de Gosset.

—Ese bárbaro de Vigors está haciendo una de las suyas—pensó—. Por fortuna estoy yo aquí para ponerle á raya.

Y asomándose por la ventana gritó:

—Señor Vigors, ruego á usted que no moleste al pobre Gosset.

Vigors volvió la cabeza, vió la cara de Juan, y tomándole por un aparecido dejó caer el rebenque y tras él fuese al suelo desmayado. Mientras, Gosset, con los ojos extremadamente abiertos, no acertaba á comprender aquello.

Después se marchó Juan á la cámara del capitán, el cual estaba sentado con dos oficiales españoles, se quitó la gorra y cuadrándose militarmente, dijo:

—Capitán Wilson, presente á bordo.

Wilson derribó el vaso que tenía delante y se quedó sin poder articular palabra. Un tanto repuesto, preguntóle:

—¿De dónde viene usted, Sr. Franco?, si es que yo no sueño.

—No sueña usted, mi capitán; vengo del barco que tenemos á popa.

—¿Luego usted ha sido quien tan valioso auxilio nos ha prestado?

—Se ha hecho lo que se ha podido, mi capitán.

—¿Pero adónde ha estado usted desde que falta de la *Harpy*?

—Es una historia muy larga de contar, y si usted lo permite lo dejaremos para más adelante.

—De todos modos me alegro de verle otra vez y tengo á mucho honor el estrechar su mano.

—Tengo á su disposición un buque al cual apresé, que está cargado de géneros de lana; además hay en él 14.000 duros en metálico; pero es preciso enviar gente á bordo, porque allí sólo hay tres hombres útiles.

Mientras Juan daba algunos otros detalles á Wilson, éste hizo venir al teniente Asper, que se quedó sorprendido al verse frente á Juan. En seguida recibió la orden de encargar á Jolliffe que llevase al barco apresado gente y lo necesario para asistir á los heridos y se hiciera cargo del mando.

CAPÍTULO XV

UN LANCE DE HONOR RESUELTO POR LA TRIGONOMETRÍA

Juan contaba sobre cubierta sus aventuras cuando se acercó Wilson y le dijo:

—Señor Franco, tengo curiosidad por saber qué bandera desplegó usted cuando combatíamos.

Estuvo un momento perplejo el joven. Luego contestó:

—La bandera de la igualdad.

Comprendiendo Wilson que aún no estaba curado Juan de sus filosofías arrugó el entrecejo. No obstante se creyó en el deber de felicitarle.

Lo propio hizo Sawbridge, aconsejándole que teniendo tan excelentes dotes para mandar un buque debía reforzar sus estudios de Náutica.

—Pienso lo mismo—dijo Juan con suma modestia—; y creo que estoy en la mayor oscuridad respecto á esa ciencia.

—Jolliffe se encargará de enseñarle; es la persona más á propósito.

Camino de Malta, y cuando Juan estaba estudiando la Trigonometría, acercóse á él Tallboys, el condestable, que siendo un mal estudiante, jamás hablaba sin introducir en su conversación parábolas matemáticas.

—Por lo que veo—le dijo— está usted estudiando la ciencia náutica; ya era tiempo que lo hiciese á su edad.

Señor Tallboys, ya sé levantar una perpendicular, y cuarteo la aguja en caso de necesidad.

—Pero no ha llegado usted á doblarla.

—Todavía no.

—¿Sabe usted que cuando navega un buque describe una parábola alrededor del globo?

—Aún no he llegado á ese punto.

—¿Y que cuando un cuerpo impulsado choca con otro, huye por la tangente?

—Es claro; si el choque no le agrada...

—¿Aún no ha llegado usted á la trigonometría aguda?

—No, señor.

—Eso requiere mucho talento.

—Tal creo.

—Verá usted entonces cómo se encuentran los paralelos de longitud y latitud.

—Tengo entendido que dos líneas paralelas no se encuentran aunque se prolonguen hasta el infinito.

—Está usted equivocado.

—Quien lo está es usted.

El Sr. Tallboys trajo un mapamundi y demostró á Juan que todos los paralelos de latitud se encontraban en el extremo Norte y en el extremo Sur.

—Las líneas paralelas no se encuentran nunca—afirmó Juan mostrando la obra de Moore en que estudiaba.

Se discutió la cuestión sin aclararla, y

al fin decidieron someterse al arbitraje de Jolliffe, el cual demostró como dos y dos son cuatro que aquellas líneas eran paralelas y, sin embargo, no eran paralelas. Cosa que dejó satisfechos, como no ponía menos, á los contrincantes.

Aquel su afán de discurrir todo puso á Juan en conocimiento de que Tallboys era incapaz de mandar un buque, en tanto que él, antes de llegar á Malta, ya podía dirigir la maniobra de un día.

Cuando llegaron á Malta, Juan vió reproducirse la cuestión que tiempo atrás tuvo con Easthupp. Púsose éste su mejor ropa y paseando con Biggs durante el cuarto de guardia aprovechó cuantas ocasiones se presentaron para hablar de Juan.

—Yo pienso — decía Easthupp estirándose el cuello de la camisa — que un caballero debe portarse como tal; con mayor motivo si profesa ideas de igualdad.

Biggs dió un golpe con el rebenque sobre la chimenea y miró á Juan con ceño avinagrado.

—Está usted en lo justo, Sr. Easthupp — le dijo —; y no se debe insultar á quien es tan caballero como él, aun no perteneciendo á la oficialidad, porque no profese sus absurdas teorías.

—Quisiera yo verle en tierra — continuó Easthupp agitando los puños cerrados —. Sin embargo, día llegará en que deje el uniforme, y entonces... ¡ah, entonces he de lavar con sangre la ofensa!... ¡Se lo prometo á usted, Sr. Biggs!

—También le prometo á usted que ha de pagarme ese tunante el robo de los pantalones.

—¿Encontró usted completo el dinero?

—No lo sé; nunca cuento lo que llevo encima.

—Los caballeros somos superiores á esas pequeñeces; pero hay personas que

tienen las manos muy listas. El número de relojes y objetos de valor que se perdían cuando yo andaba por Boud-Street en otro tiempo, era grandísimo.

—Le aseguro á usted que á mí no tendría que pedirme dos veces una satisfacción la persona á quien hubiese ofendido, por muy inferior que fuera. Y eso que yo no ando en compañía de negros, ni soy filósofo, ni predico que todos somos iguales.

Tan claras eran las indirectas que Juan se llegó al grupo, y quitándose respetuosamente el sombrero, dijo:

—Si no estoy equivocado hablan ustedes de mí, Sr. Biggs.

—Es probable. Quien escucha su mal oye.

—Por lo visto — observó Easthupp estirándose el cuello de la camisa — no pueden hablar dos caballeros sin que haya espías que los escuchen.

—Señor Biggs, no es ésta la primera ocasión en que me dirige usted observaciones mortificantes. Si usted se considera ofendido por lo de los pantalones, como yo fui quien los trajo á bordo estoy dispuesto á darle una satisfacción cómo y cuándo guste.

—Tenga usted entendido que soy superior á usted.

—Lo reconozco; pero usted acaba de decir que descendería adonde fuera preciso. Además, la superioridad de usted es discutible: yo soy de los oficiales del alcazar y usted no.

—A quien ha insultado usted es á este caballero — dijo Biggs señalando á Easthupp.

—Sí, Sr. Franco; y aunque desgraciado soy tan caballero como usted. Mi abuelo tuvo una pastelería y corre por mis venas sangre azul.

—Ha insultado usted á este caballero —

prosiguió Biggs—; y á pesar de sus teorías igualitarias se niega á darle satisfacción.

—Señor Biggs—dijo Juan colérico ante aquellas provocaciones—, en cuánto lleguemos á Malta yo bajaré á tierra; pónganse ustedes los trajes de paisano y verán si soy capaz de darles cumplida satisfacción.

—¿A uno después de otro? — preguntó Biggs.

—A los dos juntos. Nunca descenderé hasta el extremo de reñir solo con quien estimo como el más solapado ratero.

Al oír estas palabras Easthupp tornóse lívido primero, luego rojo como una amapola; pero no dijo esta boca es mía.

—¿Queda convenido el lance?— preguntó Juan—¿ó se refugia usted en su alcázar de proa?

—Yo no me retracto de lo que digo— contestó Biggs—, en Malta arreglaremos ese asunto.

Cuando llegaron á Malta se concertó el desafío. Los contendientes, acompañados por Tallboys y Gascoigne, bajaron á tierra. El condestable era el encargado de dirigir el lance, quien hallándose un tanto embarazado habló así á Gascoigne:

—Estoy perplejo y no sé cómo disponer el lance.

—¡Quién lo creyera! — dijo el guardia marina—. Sin embargo, dados sus conocimientos trigonométricos, no le ha de ser difícil hallar el modo.

Quedóse Tallboys un rato pensativo. Luego, dándose una palmada en la frente, exclamó:

—¡Ya está aquí! ¿Sabe usted las propiedades del triángulo equilátero?

—Sí, señor: tener iguales sus tres lados. ¿Pero qué diablos tiene que ver el triángulo con el desafío?

—¡Mucho! Figúrese usted que nos da

resuelta la dificultad. El duelo sólo puede verificarse con arreglo á esos principios. Tenemos aquí el triángulo—y trazó uno sobre la mesa—con sus tres puntos equidistantes; colocando en cada punto un combatiente estarán los tres en igualdad de circunstancias.

A Gascoigne le hizo mucha gracia aquel modo de solucionar la cuestión; y queriendo averiguar hasta dónde iba el condestable, preguntóle:

—¿Y cómo van á disparar?

—Eso no tiene importancia. Sin embargo, diré á usted que, siendo guardias marinas, deben hacerlo siguiendo el curso del sol. Franco disparará contra Biggs; éste contra Easthupp; y Easthupp contra Franco. De este modo cada uno tiene por blanco á otro y es blanco de otro á su vez.

La cosa no podía tener más gracia, y Gascoigne soltó la carcajada á todo trapo; pero comprendiendo que era favorable á su amigo, dada la forma en que habían concertado el duelo, recogió velas y dijo al condestable:

—¡Es usted el matemático mejor que he conocido! ¡Es usted un sabio! ¡Es usted un hombre capaz de arreglar la situación más difícil! Y ante sus profundos conocimientos; ante una prueba tal de su sabiduría; ante esa resolución, Gascoigne, el humilde guardia marina, sólo puede bajar la cabeza y decir: «Amén». Por supuesto que en los lances de honor, los apadrinados no tienen más remedio que someterse á las condiciones impuestas por los padrinos. Yo espero convencer al Sr. Franco para que acepte la científica solución de usted.

Cuando Gascoigne puso en conocimiento de Juan la especialísima y original base del duelo, acogióla éste con estrepitosas carcajadas.

El condestable se la explicó á Biggs,

Cuentos del concurso

GABRIEL

DURANTE el verano último estuve pasando una temporada en un alegre y reposado pueblo de la costa cantábrica.

Una serena y apacible tarde del mes de Julio subía yo por las enriscadas pendientes

ñar el horizonte, apenas manchado por los penachos de humo de algún buque que pasaba á toda marcha...; después de admirar la grandiosidad de la naturaleza, volvimos á la realidad, y fijándome en la cruz que había á nuestra espalda, pregunté á mi acompañante si sabía su significado en aquel sitio.

—Precisamente iba yo á hablar á usted de esto mismo—me dijo—. Esta cruz trae á mi

I.—EL QUE Á HIERRO MATA.....



—¿Te parece que disfrazados de este modo nos conocerá D. Indalecio?

—Ni nuestra propia madre nos conoce.



—Por allí viene. Ocultémonos.

—Ya sabes, á la cabeza.

—Descuida, yo apuntaré bien.

de las montañas que al pueblo rodean. Acompañábame un viejo, natural de allí, con el que gustaba dar largos paseos, pues conocía el terreno palmo á palmo, y además era de una conversación muy amena y variada.

Al poco rato de ir subiendo llegamos á un relleno, donde había una tosca cruz de madera enclavada sobre una gran piedra cuadrada, que parecía convidar á sentarse. Así lo hicimos.

Después de estar contemplando por unos instantes la belleza del panorama que se desarrollaba á nuestras plantas, de extraviar nuestra mirada en el inmenso campo de las azuladas aguas del Cantábrico y de escudri-

memoria tristes escenas de la última y bárbara guerra civil.

Sacudí de la pipa el tabaco que acababa de fumar, y después de limpiarla y metérsela en uno de los profundos bolsillos de su gran chaquetón, empezó á contar, pausado:

—Corría el año 18.. cuando estaba yo de soldado en Madrid.

Al poco tiempo de mi ingreso en filas, comenzó en estas provincias el continuo escaramuceo de las guerrillas del Pretendiente.

A mi regimiento fué uno de los primeros que mandaron á sofocar la insurrección, y aquí vinimos, llenos de ánimos, á luchar con nuestros propios hermanos...

Había en mi misma compañía un soldado voluntario, hombre como de treinta años de edad, simpático por su trato sencillo y cortés, pero de un carácter tan reservado que se había formado en su derredor una aureola de misterio. Mil conjeturas corrían por el regimiento acerca de su historia, pero todas sin ningún fundamento, pues lo cierto era que nadie sabía una palabra de su vida, y si

berles cogido un buen número de prisioneros y casi todos los bagajes.

El Coronel de nuestro regimiento ordenó que aquellos fuesen pasados por las armas, al amanecer del siguiente día.

La custodia de los prisioneros fué encomendada á nuestra sección, y dividimos la noche en seis cuartos para turnarnos en la vigilancia. Dió la casualidad que tocó la guar-

II.-EL QUE Á HIERRO MATA.....



—No hay cosa como un paseito por el campo para abrir el apetito. La merienda es buena. Empecemos.



Cuando D. Indalecio se disponía á echar un trago, escucha un ruido extraño. Mira; ve la boca de dos trabucos que le apuntan y disparan...

alguna vez le preguntaban, más ó menos directamente, procuraba eludir con evasivas la contestación.

En los pocos encuentros que con el enemigo habíamos tenido, demostró tener un valor tan poco común, y un despego tal por la vida, que casi rayaba en temeridad.

Una tarde, al pasar por la falda de esta colina, sorprendimos un convoy de los carlistas que se dirigía á unirse con el grueso del ejército. En aquel encuentro, como en los anteriores, Gabriel, nombre del voluntario, se distinguió de todos los demás, luchando en primera fila. Con poco trabajo hicimos que huyeran los carlistas, no sin ha-

dia á Gabriel en el mismo cuarto que á mí.

La buena temperatura de que disfrutábamos agrupados alrededor de un hornillo, el recuerdo de la victoria alcanzada pocas horas antes y unas cuantas rondas de la bien inchada bota de vino nos pusieron de buen humor. Cada uno de nosotros, contó un episodio de su vida, y cuando llegó el turno á Gabriel todos esperábamos con curiosidad su relato; contra su costumbre, se encontraba decidido y alegre, y, con gran sorpresa nuestra, dijo:

—Voy á contar mi historia.

Todos nos dispusimos á escuchar, preparándonos para no perder ni una palabra de

la relación. No voy á contar á usted íntegra la historia de aquel hombre, porque no la recuerdo bien y porque me haría pesado; así es que me limitaré á decirle su esencia.

Dijo pertenecer á una familia de labriegos de Galicia. Después de haber entrado en quintas y de salir libre en el sorteo, deseoso de buscar fortuna, marchó, con otros emigrantes, á una república de la América del

costa, poniendo en este empeño todo su interés y toda su fortuna.

Gastó durante varios años gran parte de su capital y de sus energías en su objeto, sin conseguir resultado alguno positivo.

Al fin, un día supo, por las noticias de los periódicos, que su hermano se había evadido, con otros presos, de un penal donde estaba cumpliendo una condena de algunos

III.-EL QUE Á HIERRO MATA.....



... mas con tan mala suerte que las balas se encuentran en el camino, rebotan y vuelven por la misma trayectoria...



dejando muertos á los ladrones. Al verlos D. Indalecio, dice filosóficamente: «El que á hierro mata á hierro muere».

Sur, dejando á sus padres, ya ancianos, y á su hermano, que contaba unos catorce años.

Después de residir seis años en América y con una modesta fortuna, regresó á su pueblo natal, con la esperanza de abrazar á sus padres y á su hermano, y compartir con ellos el fruto de su honrado trabajo.

Desgraciadamente no pudo realizar sus ilusiones. Sus padres habían muerto sin poder dar á su hijo el último adiós, y su hermano, después de haber contraído una porción de deudas y de haber llevado una vida de vicios y de desorden, desapareció un día del pueblo. Pagó Gabriel todas las deudas de su hermano y se dedicó á buscarlo á toda

años por cierto robo que cometió hacía algún tiempo.

Gabriel se desesperó al leer la noticia. ¡Su hermano! ¡El que había nacido de su misma madre y había compartido con él los juegos de la niñez! ¡Su hermano preso por robo!

Se avergonzó de sí mismo, pues á este punto llegaba su cariño hacia él, y ya sin afectos en este mundo, ni aspiraciones de ningún género, sin hogar y sin familia, llegó á pensar hasta en el suicidio...

Pero no, él no se pertenecía. Su rey se hallaba en peligro y había que defenderle.

Las partidas de D. Carlos andaban merodeando ya y la guerra se aproximaba. Alis-

tóse como voluntario, y allí estaba. Esta era su historia á grandes rasgos. Pero, añadió, á pesar de todo, su máyor alegría sería estrechar entre sus brazos á su hermano, aunque luego huyera de él, lo rechazara como sapo venenoso...

Al llegar á este punto en su narración, todos quedamos silenciosos y pensativos.

Comprendimos el por qué de su tristeza. Él, sin duda creyendo que había ido demasiado lejos en su historia, permaneció con la cabeza entre las manos y los codos en las rodillas, como si cruzara enaquel momento por su mente todo el pasado.

No bien hubo terminado de hablar, y tras breves instantes, uno de los prisioneros, que sobre unas colchonetas yacía, trató de incorporarse y gritó con alegría:

—¡Gabriel! ¿tú?...

Nuestro compañero estremeciése de pies á cabeza y se levantó como presa de algún súbito impulso. Quedóse frente á frente del prisionero, escudriñándole con una penetrante mirada; en esta postura permaneció unos segundos.

El cautivo continuó:

—¡Cómo! ¿No me conoces?... ¿No sabes quién soy?... Sí; yo soy Juan, tu hermano... que te pide perdón por lo que ha hecho, cuando quizás va á morir...

Gabriel quedó atónito. ¡Su hermano en el campo enemigo! ¿Cómo tanta villanía? Tuvo impulsos de matarle... no; eran hermanos.

Tuvo impulsos de abrazarle... ¡jamás!; eran enemigos y habían luchado el uno contra el otro...

Llegó la hora del relevo y nosotros nos retiramos á nuestra tienda, siendo reemplazados en la custodia de los prisioneros.

Al poco rato de acostarnos oímos una detonación dentro del campamento. Todos nos despertamos sobresaltados, creyendo que nos habían sorprendido los carlistas durante la noche; pero como quiera que no encon-

tramos señales de sorpresa, ni los centinelas habían visto nada sospechoso, ya íbamos á retirarnos, cuando detrás de una tienda tropezamos con el cadáver de un soldado con el uniforme de nuestro regimiento. Era el infeliz Gabriel, que prefirió poner fin á sus días á ver disparar sobre su hermano.

Al siguiente día fueron pasados por las armas los prisioneros, y enterramos á nuestro compañero en unión de ellos, colocando aquí está cruz para conmemorar la heroicidad de un soldado.

Pero aún no acaba en esto la historia.

Poco tiempo después cogimos un prisionero que tenía raro parecido con nuestro desgraciado colega, el cual dijo llamarse Juan, y de cuya historia deducimos que era el verdadero hermano de aquél. El otro, el que se dió á conocer en el campamento, y fué la causa de la muerte de nuestro compañero, no era más que un antiguo amigo de Juan, que, enterado de su historia, suplantó su personalidad para ver si conseguía, explotando la generosidad de Gabriel, algún medio de salvar la vida.



Al llegar aquí, calló mi acompañante y quedó sumido en profundas reflexiones.

El sol ya se había escondido tras el horizonte en el mar, y el cielo iba pasando por variados matices purpúreos, hasta que las sombras fueron envolviendo la tierra poco á poco.

Allá abajo comenzaban á lucir multitud de brillantes lucecillas del pueblo, y en el cielo, parpadeaban las primeras estrellas...

Nos levantamos, y silenciosos, ensimismados en nuestros pensamientos, comenzamos á descender por el empinado camino, en dirección á la cercana aldea...

Lema: «¿QUÉ ES LA VIDA?»

(Número diez y seis de los admitidos.)

HECHOS MEMORABLES

LA DERROTA DE ATILA

ERA ya casi transcurrido el primer tercio del siglo v, cuando el terrible Atila, llamado el *Azote de Dios*, se disponía á hacer frente á los francos gobernados por Merovio. Este no hizo caso hasta que en plena corte recibió el mensaje siguiente:

«Hácese saber á Merovio, titulado rey de estas provincias, cómo se acerca á su territorio el poderoso Atila, á quien está cometido por la Providencia el dominio del mundo: se le da este aviso á Merovio para que se apresure á recibir y reconocer á Atila como á su legítimo señor.»

Este mensaje llenó de ira á Merovio, quien sin tener presente el poder de su enemigo, contestó al enviado:

—Te perdono el castigo que merece tu osadía; pero es sólo para que vuelvas á anunciar al bárbaro que te manda, que en pos de ti voy yo á rechazar y escarmentar á los que han osado invadir mi territorio.

Los altivos francos aplaudieron con entusiasmo las palabras de su rey; sólo Aecio, general romano, no daba muestras de aprobación; y, dirigiéndose al monarca, le dijo:

—Esos numerosos enemigos, esos indomables bárbaros, no pueden así despreciarse: lejos de salir á su encuentro preparémonos para resistir unidos su pronta y brusca acometida.

—¿Luego tú crees que hayan concebido la idea de apoderarse de mi reino?

—Creo, además, que nada habrá que pueda impedirselo.

—¿Tan formidables supones á los bárbaros?

—La valentía y la fuerza brutal de los hunos es lo que, más aún que su excesivo número, los hace temibles; ellos que manejan

con ligereza las armas más pesadas, que doman y sujetan caballos con fuerza extraordinaria, desprecian nuestras armaduras impenetrables; porque su cutis, mal encubierto con la piel de alguna fiera que vencieron en las montañas, y curtido con los hielos del Norte, suele rechazar también los dardos enemigos.

A estos añadió Aecio otros pormenores,

llegando á convencer á Merovio de que corría un verdadero peligro, y de que para resistirle era indispensable no sólo que reuniese sus fuerzas á las legiones romanas que aún se conservaban en las Galias, sino que llamase en su auxilio al rey de España Teodoro, tan interesado en resistir al enemigo común, puesto que el feroz Atila, dueño que fuese de las Galias, no tardaría en lanzarse sobre los campos de la Península.

Comprendió el monarca español lo urgente del peligro, y la necesidad de atajar los pasos al conquistador; así es que inmediatamente prestó sus tropas y prometió hallarse con sus hijos y lo más florido del ejército en el sitio del combate.

EN LA PELUQUERÍA



—Ríceme usted el pelo, Sr. Figaro.

No había encontrado Atila un obstáculo tan serio para llegar al imperio del mundo, á que aspiraba, como el que le presentaban en los campos Catalaúnicos los ejércitos de esta nación, reforzados con el de España y las legiones romanas.

Empezó el combate con un diluvio de flechas; pero era tal el ansia que los combatientes tenían de acometerse, que muy en breve cesaron las armas arrojadas, estrechándose las distancias para venir á las manos. Forzoso era entonces combatir cuerpo á cuerpo y sin descanso. Atila logró, á costa de muchos esfuerzos, romper y deshacer el centro enemigo revolviendo sobre la izquierda, mandada por Merovio, para envolverla y desbaratarla, como así lo consiguió, pero el de la derecha, que se resistía tenazmente, le arrebató la victoria. Mandaba allí Teodoro, que había tenido la precaución de dejar un cuerpo de reserva mandado por sus dos hijos, Turismundo y Teodorico, y estos valientes jóvenes, cuando advirtieron el peligro en que se encontraba su padre, fueron en su auxilio sin esperar la señal convenida para bajar de las colinas que ocupaban. En

vano Atila, haciendo prodigios de valor, trató de restablecer el orden en su ejército; pero los hunos ceden y vuelven las espaldas á los visigodos-españoles, que hacen de ellos una espantosa carnicería. El campo quedó lleno de cadáveres, y si Aecio, por una falsa política, no hubiese dejado de coadyuvar al triunfo, como era debido, allí hubiera muerto Atila.

Teodoro, cuando sus hijos lograron sacarle de enmedio de los enemigos, estaba herido de muerte y próximo á expirar; de sus labios no salía un quejido á pesar de los agudos dolores de la herida. Preguntó afanoso por el resultado de la batalla.

—Hemos vencido—le contestaron.

—Sólo así moriré contento—dijo—. Y no afligirse por mi muerte, puesto que muero valerosamente y con la alegría del triunfo.

Cuando Teodoro exhaló el último suspiro, los guerreros, cortado el cabello y con las lanzas vueltas hacia abajo, hacían la guardia al cadáver, colocado enmedio del campamento. Fué enterrado en España.

ANGEL GARCÍA MARTÍN.

CORRESPONDENCIA

Luis Rey.—Simancas.—Muchas gracias por los elogios. Nuestro propósito es seguir por este camino; pero no publicamos nada que huela á ensalzarnos.

Ignacio Sánchez.—Valencia.—Los recibí y están en turno.

Federico del Río.—Málaga.—Admitidos los pasatiempos y la carta ilustrada.

Quevedo.—{...?—Usted oyó decir que cuando hablaba Quevedo se reían en diez leguas á la redonda, y ha pensado que firmando un trabajo con ese pseudónimo tendría la sal por arrobos. Pero ¡ay! ha debido usted enviarle por una viva fluvial y se ha *disuelto con la humedad*. Si quiere otra vez que lea sus trabajos envíelos firmados.

José Granara.—La Línea.—Me gustan sí, señor; quedan en turno.

Mario Lancho.—Madrid.—Aprovecharé algo de su envío.

VESTIR AL DESNUDO

Hasta la hora de cerrar este número hemos recibido los donativos siguientes:

	Pesetas.
Leopoldo Topham Pineda.....	1,00
Adolfo Topham Pineda.....	1,00
Señora de Piñana.....	2,00
Señorita de Pi.....	2,00
María Franqueiro.....	10,00
Tomasa Puente.....	5,00
Luisito Col.....	5,00
Señora de Carvajales.....	3,00
Isaac Martín.....	1,00
Petríta López.....	1,00
Narcisa Elvira.....	1,00
María Marmolejo.....	2,50
María Ibea.....	2,50

TOTAL..... 37,00

ANTES DE TOMAR NI ALIMENTACIÓN... DESPUÉS DE TOMAR LA ALIMENTACIÓN

Tos Ferina

y toda clase de
TOS EN LOS NIÑOS DESAPARECE EN POCOS DÍAS CON LA

LACTOFERRINA

del Dr. M. CALDEIRO
5 pías. caja en todas las farmacias y
D. G. GARCIA-Capitanes 1.-MADRID
Por 5,50 pías. la remite el autor por correo
PUERTA DEL SOL N.º 9
MADRID.

TURRONES, mazapanes y demás gé-
neros propios para Na-
vidad; no compren sin visitar la casa **más**
higiénica de Madrid, la que **mejor pesa**.
30, Barquillo, 30 **DÍEZ Y DÍEZ**
MADRID

SOBRE-MONEDERO

para mandar por correo dinero en
metálico, certificado, con la garantía
del Estado, que abona la cantidad
declarada en caso de extravío. Se
vende en todos los estancos á
25 céntimos.

En el sobre-monederero pueden re-
mitirse hasta 50 pesetas en cual-
quier clase de moneda.

Oficinas: **GOYA, 19, BAJO**
MADRID

Talleres de fotograbado

DE LOS
SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, líneas, zincografía.

Precios sin competencia.

Quintana, 33.—MADRID

JOSE BREÑOSA, redactor artístico de **ROSA**
Y AZUL.—Lecciones de dibujo y modelado.
Dirijan los avisos á la Administración de
esta Revista.

LIBRERIA

DE

AGUSTIN SÁNCHEZ RODRIGO

Casa especial para surtir á los
colegios de libros de enseñanza.

OBJETOS DE ESCRITORIO, MENAJE PARA ESCUELAS

SERRADILLA (Cáceres)

Pidanse catálogos.

MADRES Existen cajas falsificadas de la
Denticina que han imitado bien
para sorprenderos, pero causan graves tras-
tornos en las criaturas. La legítima, 8 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedias, dispepsias, gas-
tralgias, úlceras, diarreas,
vómitos y cuanto revela malas digestiones se
cura con *Perla Estomacal F. Moreno*. Conocida
en todo el orbe. Caja: 8,50 pesetas (antes 10
reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

SASTRERIA «EL INFANTE»

para niños y caballeros.
26, PRECIADOS, 26

Trajes paño desde 5 pesetas.
> jerga > 10 >
Gabanes > 10 >

SECCIÓN DE CABALLERO

Traje desde 40 pesetas.
Gabán > 85 >

Todo confección esmerada y gé-
neros superiores.

26, PRECIADOS, 26

PASTILLAS cloro-boro-sódicas **BONALD**
— con cocaína —
Son insustituibles en la tos, ronquera, dolor de
garganta, picor, aftas, sequedad, úlceras, granula-
ciones y afonía. Premiadas en varias Exposiciones.

ELIXIR antibacilar **BONALD**, de thioocol-climo-
vanádico-fosfo-glicólico
De acción segura en la tuberculosis, bronco neu-
monías crónicas, bronquitis, laringo-faringitis gri-
pales, etc. Lo prescriben todos los médicos.

FRASCO, 5 PESETAS

ACANTHEA **BONALD**. Poderoso agente para
combatir la *neurastenia*, 5 pesetas.

De venta en todas las farmacias y en la del autor,

Núñez de Arce (a. Gorguera), 17, Madrid